ANTONIO MACHADO: ¿ANDALUCIA O CASTILLA?

Francisco Carrillo

No pretendo agotar un tema ya trabajado, ni dar gusto a un chauvinismo provinciano. Me propongo, en el marco de este imprescindible congreso, dilucidar en lo que alcance, un aspecto fundamental de la obra de Antonio Machado, que requiere, como en otros casos, Góngora por ejemplo, el más preciso y riguroso análisis. Trataré, con las limitaciones propias de una ponencia, de plantear la dependencia y condicionamiento de la actuación poética de nuestro poeta, la base de este condicionamiento, tanto psicológica, como etnológica y antropológicamente, está en Andalucía con sus valores y actitudes milenarias, de naranjos y limoneros, y de vocación artística con "su pena negra".

A Machado como a Góngora se les ha ignorado en parte como poetas populares andaluces. Hasta el mismo Machado cayó en la trampa enjuiciando al Góngora monstruoso del Polifemo, siendo su poesía culta una mínima parte en comparación con sus canciones, letrillas y romances populares. Ni Góngora es sólo Polifemo, ni Machado es sólo Castilla.

Si bien la preocupación de Machado es España, no lo es por Castilla, Castilla en Machado es un concepto de época, supuesto símbolo de la llamada Generación del 98. Ni Castilla es el centro, ni sólo Castilla es España. ¿Puede alguien negar la fuerza representativa española de Andalucía a lo largo de su historia capital para España, o ignorar la entraña nacional y temple de este pueblo desde que España es España? El Machado de *Campos de Castilla* ha sido una desfiguración de un Machado más español, más auténtico y más andaluz. Ejemplo de que no debemos confundir lo aparente y frívolo andaluz con el alma de Andalucía, que es la filosofía de Machado o con su cuerpo que es su poesía. A Machado aplicamos la frase de Blas Infante: "Sólo por esta intelectualidad podrá redimirse y purificarse el pueblo andaluz". El genio creador de Machado trasciende, como andaluz, su raíz para guía y esfuerzo de otros pueblos de España y de la Humanidad.

Castilla es símbolo de España en el pensamiento de la época de Machado y su texto es coherente con su época. Sin embargo, en *Campos de Castilla* pocas veces menciona a España y no vemos que la identifique con Castilla. Aparece mezclada con Andalucía y juntas apuntan el tema de las dos Españas: de la España de "filósofos nutridos de sopa de convento", del hombre de casino provinciano "fruta vana de aquella España que pasó y no ha sido"; del "sol de España", "la España

de charanga y pandereta", "esa España inferior que ora y bosteza". Para Machado, el español empieza a vivir entre una España "que muere y otra que bosteza". Y que Dios le guarde porque "una de las dos Españas ha de helarle el corazón". En "el mañana efímero" no aparece Castilla, sino "charanga", "pandereta", "Frascuelo" y "María", símbolos eminentemente andaluces. Este es el poema más explícito sobre España. Frente a la España de charanga pone a la España que "nace", la del "cincel y de la maza", "implacable y redentora", la "España de la rabia y de la idea".

Castilla representa para Machado la soledad, desnuda, sin música y sin pájaros. Recordemos que fue, en parte, causa de su soledad. Castilla arrastra una cultura bélica, como la de los reinos del norte. Y más que cultura, como decía Ortega, agricultura. Pero, en definitiva, estos conceptos son de época y por tanto hoy discutibles. Machado está enraizado en el pensamiento anterior y está adelantando un momento histórico.

En su entrevista de *La voz de Madrid*, 8 de octubre de 1938, decía Machado de la Generación del 98: "Soy posterior a ella". Su obra también es posterior, aunque coincida en algunos rasgos parcialmente, como señala J. C. Ortiz (1979). Si el concepto de época y el paisaje castellano absorben a Machado, al hablar de Castilla piensa en Andalucía. En su Prólogo a "Campos de Castilla" dice: "mis romances no emanan de las gestas heroicas, sino del pueblo que las compuso y de la tierra donde se cantaron". Podíamos afirmar que "campos de Machado" son los campos de Baeza, como dice J. Chamorro (1975), quien ha estudiado el andalucismo de nuestro poeta.

Consideramos fundamental en un análisis riguroso de la poética de Machado, entrar en la condición previa de su texto poético. Excluyendo cualquier atisbo de determinismo, el lugar de nacimiento y entorno familiar que moldean las formas de pensar y comportamiento, hacen el condicionamiento etnológico; el estado de ánimo y proceso mental, el psicológico; y la interrelación social, el antropológico. El proceso invertido a la superficie textual poética de Machado, va de los hechos y actitudes que conforman el pretexto, a la forma comunicativa poética.

La socialización condiciona la estructura psicológica de la personalidad de Machado. Objetos, personas, formas de vida, etc., van perfilando, sobre todo en la infancia, las formas ambientales que gravitan sobre la expresión poética de Machado. Los referentes pueden ser de tipo objetivo y subjetivo dependiendo de los factores cognoscitivos que van produciendo los "esquemas" mentales o "frames" archivados para siempre en la mente del poeta. Los "esquemas" fraguados inicialmente en la memoria son determinantes de la estructura cognoscitiva y como consecuencia los conceptos. Pero los conceptos pueden definirse no sólo por sus atributos, sino por su posición en un sistema de conceptos. Así como Andalucía es parte de numerosos complejos o asociaciones de España, los múltiples signos (limonar, chopo, fuente, patio, etc.) que dominan el plano léxico superficial del texto poético de Machado, se integran en un círculo diferenciado de estructuras cognoscitivas sobre toda España. Así establecemos la conexión entre estructuras cognoscitivas y texto poético. Los "esquemas" grabados en la infancia activan determinados textos poéticos cuando la necesidad del poeta lo exige por alguna insatisfacción o deseo de autorrealización.

A través de Andalucía sabemos lo que dice el texto poético de Machado por asociaciones y hábitos. El signo dependiendo del uso que le da nuestro poeta, influencia el componente emotivo del significado. Porque la carga emotiva se mide por su experiencia concreta con el referente. Machado asocia su memoria y experiencia a una estructura poética y su nivel de actuación está sometido a Andalucía, como sistema concreto. La actuación depende del sistema de valores y actitudes. La gestación del texto poético de Machado requiere un proceso psicológico de percepciones y experiencias, cuyos factores decisivos son el ambiente social y mental, los tipos literarios de tradición y su lengua. Estos factores son los que fijan, en su mayor parte, las categorías pragmáticas de intención, conocimiento y acción. La percepción, planificación y ejecución del texto poético parten del conocimiento, de una base cognoscitiva y psicológica.

El "marco" o esquema es un principio de organización, que relaciona una serie de conceptos que por convención y experiencia forman de algún modo una unidad que puede actualizarse en tareas cognoscitivas, como producción y comprensión de la lengua. El "marco" es producto de la interacción social convencional, muchas veces inconsciente. Y nos permite identificar sistemas de valores y actitudes. Por esto creemos que "el marco" puede ser el instrumento de enlace entre la coherencia del texto poético y su condicionamiento contextual. Pero aún no está suficientemente dilucidado este instrumento de la psicología cognoscitiva. (W. Kintsch, Van Dijk, etc.)

La coherencia textual poética de Machado obedece a un estructurador general que hace que todos los hilos constituyan la pieza poética machadiana. Este estructurador se compone de los signos léxicos que dominan el texto y de sus funciones poéticas.

Los argumentos poéticos que encierran los textos machadianos, como diría Aristóteles hace mucho, unos radican en el carácter del mismo Machado, otros, en situar al lector en cierto estado de ánimo; otros, en fin, en el mismo discurso, por lo que en realidad significa o por lo que parece significar (1963:36). Ya el mismo Estagirita apuntaba que la retórica viene a ser como algo que ha crecido junto a la dialéctica y al estudio de las costumbres. La exactitud con que un texto evoca su "referente" depende de los procedimientos formales y signos de cómo "sensibiliza los objetos" que recuerda y vivió en su infancia.

La situación ambiental que marca el texto poético de Machado no es una pirámide de datos inconexos, sino una síntesis significativa de todos aquellos ingredientes que actúan sobre esa poesía y nos permiten "marcar" los puntos básicos de la experiencia conceptual y psicológica. La estructura mental andaluza no es sólo un sistema razonado de valores y mitos que fortalecen la coherencia social de los andaluces, su manera de ser y actuar. Es consecuencia también de las necesidades comunes creadas por situaciones o acontecimientos específicos. Antonio Machado participó de esa vida andaluza en su origen y quedó supeditado a sus intereses, independientemente de las percepciones diferenciadas que adquirió fuera de Andalucía. Las necesidades psíquicas que estimulan la imaginación creadora de Machado y su modo de percepción, nos obligan al análisis de las satisfacciones emocionales del poeta. Por más interior que fuera nuestro poeta, la sociedad andaluza no fue totalmente exterior a su persona, ni los fenómenos sociales de Andalucía son exactamente "cosas", porque son realizados por individuos con una actitud y psicología propias.

El signo poético revela el comportamiento del poeta en cuanto guarda toda la carga comunicativa y es parte del campo psicológico de Machado, gracias a su experiencia vivida en Andalucía. Esos valores y actitudes ya existían cuando asomó Machado a la vida en Sevilla. La actitud dirige la acción. Y se considera como una "organización" de creencias que predisponen en favor de una respuesta. Las motivaciones se relacionan con las necesidades que originan una insatisfacción.

Machado busca el código poético que resulte más "congruente" con el mundo poético (macro) que pretende producir. Y lo encuentra en su infancia y en su Andalucía. Por esto hay en él una perfecta "congruencia psicológica" entre poesía y orientaciones valorativas enraizadas en una tradición milenaria. Machado corre a sus anchas por el derecho individual a aislarse y ser soberano de su mundo. Las imágenes se nutren de los datos de su experiencia afectiva andaluza. Jung está muy acertado en su definición de "introversión" (1959). La imaginación "a nivel de inconsciente colectivo" es una actividad de participación en la verdad del mundo, no de la verdad de Machado, pues como él mismo dice:

¿Tu verdad? No, la verdad,
y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela. (Prov. CLXI)

La experiencia humana de Machado y su visión de la realidad se nutre de Andalucía y su historia. Y como poeta responsable fustiga a la falsa cultura y a su falsa religión, no a la auténtica de la que él es un genuino representante. Representante de una raza que tiene conciencia de su carácter y estilo, fiel a su perfil milenario (Ortega). Machado es fiel a la vejez del alma andaluza. Era tan viejo como su Andalucía, con sus pies hundidos en el tiempo.

Por siglos, Andalucía ha sido escuela de filósofos o si se quiere: "tierra de filósofos, poetas y toreros". Verdad y arte están en la mira de la historia de Andalucía como norma de convertir el mal en bien. Y así era antes de Séneca. Si la vida no tiene explicación, como la buscan los hombres del Norte, es necesario desentenderse un tanto de ella. Todo importa en la vida hasta cierto punto y Andalucía siempre ha tenido conciencia de universalidad. Andalucía se ha distinguido siempre por su tristeza cósmica de vivir porque el andaluz está solo frente al destino y debe autorrealizarse y labrarse en convivencia. En el fondo posee una sensibilidad dura porque sabe padecer.

Antonio Machado parece que siente más que piensa. Siente su existencia, siente su relación con el paisaje, con los ríos, con la muerte, con el silencio. Siente a Dios. Y todo como una interrogante a la que tiene que dar una respuesta, como dice Monleón. Pero no es nuestro propósito exponer el pensamiento de Machado ya estudiado brillantemente por otros. Lo que nos importa aquí es recordar que tanto Abel Martín como Juan de Mairena "nacieron" en Sevilla.

La preocupación filosófica por lo trascendente en Machado va unida al dolor y desencanto que arropa de ironía su obra. El sentimiento andaluz de vivir y de Dios como problema, lo vemos los andaluces como la "pena negra". Pena negra, tragedia, nazarenos, dolorosas y duendes que hacen sufrir y sufren, como los dramas lorquianos, y escapan a la realidad. Con toda la seriedad que se merece, "la pena negra" es la expresión más genuina del alma andaluza expresada millares

de veces en toda la gama del arte andaluz. Para Machado, cito: "También la poesía es hija del gran fracaso del amor", según Abel Martín. Y no olvidemos, además, que Juan de Mairena "inventó una máquina de cantar".

La madurez de Machado está marcada por el recuerdo y encuentro con Andalucía y con las formas métricas populares andaluzas. Fue el paso de su juventud modernista a lo personal de Machado. Si en París se unió el andaluz Machado con la estética simbolista, en Baeza se consolida su enorme personalidad y su preocupación por España, como señala J.L. Cano. En Baeza se encuentra consigo mismo y con su pena:

De la ciudad moruna
tras las murallas viejas,
yo contemplo la tarde silenciosa
a solas con mi sombra y con *mi pena*.

Se encontró con el Machado que no se encuentra nunca, con su pena "desde que murió mi mujer no me encuentro nunca". El secreto que en su alma reza es: "Yo odio la alegría por odio a la pena". Machado ve al hombre y las cosas con su pena: "Tú venías solo con tu pena, hermano". En las "Fuentes de piedra", en el lánguido limonero, "que contaba su pena". Soñaba de niño la historia trágica del cante jondo al son de la guitarra, "vibrante cuerda ponía un largo suspirar de oro que se trocaba en surtidor de estrellas". Con este mismo cantar huye la pena y la agonía que tan hondas llevaba, en la saeta:

¡Cantar de la tierra mía,
que echa flores
al Jesús de la agonía,
y es la fe de mis mayores!
¡Oh, no eres tú mi cantar!
¡No puedo cantar, ni quiero
a ese Jesús del madero,
sino al que anduvo en la mar!

Además de su pena íntima sobresale la pena de Andalucía. Torreperogil es el mejor símbolo de la desolación de Andalucía: "Triste burgo de España" y "una orgía de harapos". El hombre es para el suelo. El andaluz siembra y labra, y su fatiga unce la tierra al cielo. Enturbiamos la fuente de la vida con nuestros ojos tristes, con nuestro amargo rezo, se viven en el dolor y ¡Dios está lejos! Pocos ricos y millares de mendigos en una tierra rica. Un campesinado que trabaja y sufre resignado y que tiene que emigrar en, cito: "condiciones tan lamentables que equivalen al suicidio", escribía a Unamuno (1957).

Para Machado, los andaluces son: los labradores, benditos; los bandidos, caballeros; y los señores, devotos y matuteros (CXXXII). Frente al auténtico andaluz está la otra cara de la moneda: Don Guido, "muy galán y algo torero; de viejo gran rezador", "gran pagano", pero cofrade vestido de nazareno. ¡Tan formal! el caballero andaluz. ¡Oh fin de la aristocracia! ¡Buen viaje! Harapos y señoritismo es la pena andaluza de Machado.

La nota de soledad que caracteriza a Andalucía es sentida vivamente por él: "matorrales, pedregales, cardizales, calles sin mujeres, plazas desiertas y huerto sombrío".

A Machado le dolió entrañablemente Andalucía. Se la tomó como debe ser, en serio. La imagen frívola e injusta de la Andalucía de "charanga y pandereta", al igual que tantos andaluces que nos esforzamos por enterrarla, es una preocupación visceral de Machado. Los toros incluso no son una diversión "porque para Machado, constituyen un espectáculo demasiado serio para diversión" (Plenitud 1, 115). Quiere una Sevilla sin sevillanos, como Don Guido montados en falsos valores, ante tanto valor, arte y pasión. Porque en Andalucía es "donde, cito:

¡Oh maravilla,
Sevilla sin sevillanos
la gran Sevilla!

el hombre no se ha degradado todavía por el culto perverso al trabajo, quiero decir, por el afán de adquirir dinero". Es debajo de la aparente frivolidad que está la grandeza. Como en el cante jondo, que provoca en Machado versos entusiastas del hondo sentir y saber de nuestra cultura de siglos, tal y como vemos en *La Lola se va a los puertos*.

Si su regreso a Andalucía fue triste y doloroso, su drama se alivia refugiándose en lo andaluz. Tanto en el sentir como en sus formas y asuntos gravita Andalucía como condición. Hay en nuestro poeta una gran abundancia de ausencias y presencias de Andalucía, Leonor, Castilla, etc. Su lenguaje poético está condicionado por su mundo vivido. No es un limonar genérico, es el limonar de Sevilla. Todas las emociones de su infancia despiertan en un tejido de asociaciones ligadas sucesivamente a las anteriores, en el tiempo, por una memoria fílmica. Los elementos simbólicos y temáticos se repiten. Signos y significados son una "constante". Ya lo apuntó C. Segre (1970). Los signos léxicos que dominan el texto poético pertenecen al código andaluz.

La imagen en torno a la que gira su poesía andaluza es la realidad y el campo de Andalucía. Es una gran metáfora que interpreta esta realidad. Aparicio en "Antonio Machado, poeta andaluz" (1959), muestra lo que nuestro poeta debe a su Andalucía: "Andalucía le entrega una sensibilidad poética refinada por siglos de destreza en el sentir y decir, y sin la cual la poesía de Machado sería tan inexplicable como imposible."

Andalucía siempre ha sido esta gran metáfora que ha dado tantos y tan extraordinarios poetas, porque en Andalucía es donde hay más vivas y variadas interpretaciones de la realidad, que alimentan de fantasía una imaginación exhuberante muy interior, tan interior como Antonio Machado.

De su interioridad constante, surgen en Machado los recuerdos, evocaciones, repeticiones, asociaciones, etc., de una Andalucía siempre presente desde sus primeros poemas.

Patio, limonero, fuente, naranjo, olivo, nardo, romero, hierbabuena, luna, zarza, chopo, maceta, azogue, balcón, sol, cielo, ciprés, palmera, calleja, tapia blanca, plazuela y reja. "Fantasía de una noche de abril" es el retrato de Sevilla, Granada o cualquier otra capital andaluza. Por sus versos vemos miradores, alji-

meces, perfumes, huertos y patios morunos. "La plaza y los naranjos encendidos", la "Fuente de lengua encantada" sacada de las leyendas moras, diciéndole: "cuéntame mi alegre leyenda olvidada".

La imagen del romero y su camino a la ermita recoge la misma esperanza de tantos peregrinos andaluces del Rocío o la Cabeza. "Muy cerca está la tierra verde y santa y florecida de tus sueños".

Limoneros y naranjos, como señala Dámaso Alonso (1958), son un tema siempre recurrente, con mil matices y variaciones. Tienen un constante valor simbólico en la poesía de Machado. "Es, dice Dámaso Alonso, la patria paradisíaca, y también la patria eterna: el lugar de donde se procede y adonde se va. Es lo que se sueña y por lo que se vive". Ante el limonero preso de una maceta castellana dice:

De los claros bosques de la Andalucía
Quién os trajo a esta castellana tierra
que barren los vientos de la adusta sierra,
Hijos de los campos de la tierra mía?

Durante la guerra recuerda a su Andalucía en el limonar con esta copla:

Azotan el limonar
las ráfagas de febrero,
no duermo por no soñar.

El mejor recuerdo de Andalucía lo tiene para la Sevilla de su infancia, recuerdo que llega hasta el final de su vida. Baeza entra en su memoria con un mundo recorrido y desolado por la muerte de Leonor. Sevilla está unida constantemente a su infancia y por lo tanto, a una Sevilla llena de colorido y ensueño a través de la lejanía. Como apunta muy bien Aurora de Albornoz (1960), "El poeta se limita a transmitirnos impresiones: luz, color, olor...".

En Sevilla color, en Baeza aridez; en Sevilla sol, en Baeza, luna; en Sevilla patios, en Baeza campos. Díaz Plaja también ha analizado el paisaje andaluz de Machado (1966), enfatizando la soledad del poeta en Baeza y la preocupación del tiempo frente al tedio que le invade.

Su Sevilla natal brota a cada momento:

Mi Sevilla infantil ¡tan sevillana!
¡Cuál muerde el tiempo tu memoria en vano!

Otro poderoso símbolo andaluz que pesa en el andalucismo de Machado es el Guadalquivir. Este río es el mismo poeta, carente de límites corporales, como diría Aleixandre, silencioso, oscuro y cargado de remembranzas, dolor y sangre, desde Cazorla hasta Sanlúcar, haciendo vega. Desde el Guadalquivir sueña a Soria. Machado le pregunta: "Como yo, ¿sueñas con tu manantial?" Quisiera ser vigía constante del río: ¡Quién fuera una torre, del campo del Guadalquivir! Cuando evoca a Soria menciona al Guadalquivir "corriendo al mar entre vergeles, como un alfanje roto... disperso, reluce y espejea. Porque todo el paisaje de Castilla

está sembrado del paisaje andaluz. Es más, caminante constante del paisaje andaluz, a veces no lo menciona por modestia, como dice Adela Rodríguez (1965:198).

Su regreso a Andalucía en Baeza recupera para Machado dos elementos fundamentales, símbolos de su tierra: el campo y el olivo. Y con estos símbolos surgen las formas populares métrieas andaluzas de los cantares, donde no puede faltar la luna gitana:

Desde mi ventana,
¡campo de Baeza,
a la luna clara

De luna y de piedra
también los cachorros
de Sierra Morena

Campo, campo, campo.
Entre los olivos,
los cortijos blancos

¡Luna redonda y beata,
siempre conmigo a la par.

Campo y olivos están juntos: "pobladores de lomas y altozanos". Los olivos son la muestra más patente de la fecundidad andaluza milenaria, frente al primitivismo de otros pueblos:

...Ya irá de glauca a bruna,
por llano, loma, alcor y serranía,
de los verdes olivos la aceituna... (CLIII).

La mejor explicación sin comentarios la da su poema a "Los olivos":

¡El campo andaluz, peinado
por el sol canicular,
de loma en loma rayado
de olivar en olivar!

.....

Olivares rebruñidos
bajo la luna argentada!

.....

¡Olivar y olivareros,
bosque y raza,
campo y plaza

de los fieles al terruño
y al arado y al molino,
de los que muestran el puño
al destino.

.....

¡Venga Dios a los hogares
y a las almas de esta tierra
de olivares y olivares.

No es un campo sin alma. Aquí, a diferencia de Castilla, Machado pone ante todo al hombre, al hombre andaluz. Es un campo con hombres que lo trabajan; que trabajan y esperan en contraste con el señorito vago y presumido y por añadidura embustero. La añoranza de Andalucía y su profesión de andaluz lo manifiesta con toda claridad y hasta exageradamente en estos versos:

En estos campos de la tierra mía,
y extranjero en los campos de mi tierra
en estos campos de mi Andalucía
¡oh tierra en que nací! cantar quisiera.

Porque incluso su poesía la identifica con el olivar:

Como el olivar,
mucho fruto lleva,
poca sombra da. (CLXIV)

Andalucía es la condición previa al texto poético de Machado y no Castilla. Su personalidad, recuerdos, evocaciones tienen como referencia a su Andalucía. La coherencia entre estructura cognoscitiva y poesía la determina Andalucía. Su actuación poética depende del sistema de valores y actitudes enraizados en Andalucía y su conocimiento se origina en ella. Pocos pueblos se conocen como el andaluz. Como hombre interior, íntimo, Machado es modelo de andaluz. Conversa con el hombre que siempre va con él. Es inútil ponerle etiquetas. Dice: "La ideología de Abel Martín es, a veces, oscura, lo inevitable en una metafísica de poeta". Por otro lado dice: "El ethos no se purifica, sino que se empobrece por eliminación del pathos, y aunque el poeta debe saber distinguirlos, su misión es la reintegración de ambos a aquella zona de la conciencia en que se dan como inseparables". Esta es la conciencia de Machado identificada con su Andalucía, y es el lugar donde debe quedar instalado para siempre.